ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMATICA

UN CUADRO DE HISTORIA

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN VERSO

original de

EUGENIO LAFUENTE

MADRID
SEVILLA, 14, PRINCIPAL
1885

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. LORRAS

N.º de la procedencia
1668

UN CUADRO DE HISTORIA.

UN CUADRO DE HISTORIA

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN VERSO

original de

EUGENIO LAFUENTE

Representado por vez primera en el Teatro de VARIEDADES la noche del 15 de Octubre de 1885.

MADRID: 1885
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO
DE M. P. MONTOYA Y COMPAÑÍA
Caños, 1.

PERSONAJES	ACTORES
Ernestina.....	Sra. Espejo.
Amalia.....	» Rodríguez (L.)
Don Bernabé.....	Sr. Luján.
Adolfo.....	» Ruesga.
Fernando.....	» Muñoz.
Un criado.....	» N. N.

La escena pasa en Madrid y en nuestros días.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lírico-Dramática, perteneciente á D. Eduardo Hidalgo, son los encargados de conceder ó negar el permiso de representación, y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO ÚNICO

Estudio de un pintor. Al fondo puerta que conduce á la escalera. A la derecha, en segundo término, puerta que dá paso á otras habitaciones. A la izquierda, también en segundo término, puerta de un cuarto tocador. En el centro de la escena un maniquí vestido de moro, con largo albornoz, cuya capucha cubre el turbante. A la derecha, en primer término, un cuadro en caballete, de espaldas al público; algo más atrás otro cuadro cubierto con una tela. A la izquierda, en primer término, una mesa con tapete. Derecha é izquierda del espectador.

ESCENA PRIMERA.

ADOLFO.—FERNANDO.—UN CRIADO.—Al levantarse el telón Adolfo, solo, pinta en el cuadro del primer término, copiando del maniquí que le dá la espalda. Entra un Criado por el fondo.

CRIADO. (Anunciando)
El señorito Fernando.

ADOLF. Adelante. No ha venido
Ernestina?

CRIADO. No señor. (Sale por el fondo.)

ADOLF. (Aparte.) Ya tarda.

FERN. (Entrando por el fondo.)
Salud al ínclito
artista!

ADOLF. (Sin dejar de pintar.)

722362

Eres muy exacto.

FERN. Te importuno?

ADOLF. No lo digo
por eso.

FERN. Como esperabas
á una mujer...

ADOLF. Yo?

FERN. Buen pillo
estás tú!

ADOLF. Por qué lo dices?

FERN. Si no me engañó el oido
has preguntado por ella.
Y tiene un nombre bonito;
Ernestina!... Antes hacías
de mí el confidente íntimo
en todas tus aventuras.
Cómo de ésta no me has dicho
una palabra? Bien callas
cuando te importa el sigilo.

ADOLF. No hay misterio, ni aventura,
ni...

FERN. Bien, hombre; ya no insisto.
Puedes guardar tu secreto.

ADOLF. El secreto es muy sencillo.
Esa Ernestina es modelo.

FERN. De virtudes?

ADOF. No lo afirmo...
ni lo niego; yo en mis cuadros
no copio virtud ni vicio...
Hago de ella esta figura;
(Señalando en el cuadro.)
y tiene algún parecido.

FERN. (Mirando el cuadro.)
Linda cara! Es una perla.

ADOLF. Como que la hallé en el mismo
fondo del mar.

FERN. La salvaste
de algún naufragio? (Signo negativo de Adolfo.)
No atino.
Pues qué hacía allá en el fondo?

ADOLF. Bailar.

FERN. Es un acertijo?

ADOLF. Esta muchacha emprendió,
dos años hace, el camino
de las artes, empezando
por bailarina.

FERN. Un principio
muy alegre.

ADOLF Yo la ví
por vez primera en el Circo.
La escena representaba
los más profundos abismos
del Océano, con muchas
algas, corales y riscos.
Hizo un paso á dos, del brazo
de cierto mónstruo marino,
que es su papá, y su maestro;
viene de padres á hijos
la afición en la familia.
Como era escaso el vestido...

FERN. Para estar dentro del agua...
traje de baño... preciso.

ADOLF. Ví en ella gran aptitud
para su actual oficio,
y á instancia mía, aceptó
el cambio.

FERN. Pues no fué chico!
De bailarina á modelo;
del movimiento contínuo
á la quietud absoluta.

ADOLF. Qué más dá? Todo es artístico.

FERN. (Con ironía.)
Ella lo hizo por el arte?

ADOLF. Está claro.

FERN. Y no intervino
el amor en ese asunto?

ADOLF. Hombre! El amor...

FERN. Amor... lícito.

ADOLF. (Se sonrie y deja de pintar.)
No puedo acabar el grupo.
Esa chica me ha perdido
con no venir á su hora.
(Contemplando el cuadro.)
Qué te parece?

FERN. Magnífico!
Cómo vas á titularlo?
ADOLF. La expulsión de los moriscos.
Qué es lo mejor que le encuentras?
FERN. La morisca; es un gran tipo;
y su actitud de abrazar
á ese caballero, (Indicando el maniquí.)
visto
de espaldas, está muy propia.
Valiente abrazo! (Al maniquí.) Te envidio.
ADOLF. Veremos si tiene éxito.
FERN. En la Exposición, de fijo,
te ganas un primer premio.
(Contemplando el cuadro.)
Admirable!... Yo deliro
por la pintura; es mi fuerte.
No extrañes si te visito
todos los días; tu estudio
me entusiasma.
ADOLF. (Riendo.) Me lo explico.
FERN. Por qué te ries?
ADOLF. Hipócrita!
Piensas que no he comprendido
lo que te trae á estas horas?
FERN. Vengo á admirar los prodigios
de tu pincel.
ADOLF. Otra cosa
es lo que admiras.
FERN. Qué admiro?
No caigo...
ADOLF. (Señalando el cuadro que está tapado.)
El original
de aquél retrato! Gran pícaro!
FERN. Suposición...
ADOLF. Te figuras
que no observo, mientras pinto,
cómo miras á esa dama?
FERN. Me gusta; con tu permiso,
ADOLF. Lo tienes.
FERN. Sabes quién es?
ADOLF. Ni su nombre y apellido
siquiera; es una señora

que hace dos semanas vino
á encargarme su retrato.
Ya está casi concluido.

FERN. (Alzando la tela que cubre el cuadro.)
Divina! (Vuelve á taparlo.)

ADOLF. Pues esta vez
pienso que has errado el tiro.

FERN. Por qué? Tú no la conoces...

ADOLF. Me precio de ser perito
en la materia; esas cosas
se comprenden por instinto.
Sus maneras... su lenguaje...

FERN. Bah!...

ADOLF. Su porte distinguido...

FERN. Hombre!... te creí más ducho.

ADOLF. Tú notaste?

FERN. Yo las pillo
al vuelo.

ADOLF. Vamos; qué sabes?

FERN. Que te engañó como á un chino.
y para que te convenzas
voy á ser franco contigo. (Se sientan.)
La encontré anoche en un baile
de máscaras, y estuvimos
cenando juntos.

ADOLF. De veras?

FERN. Hombre! como te lo digo.

ADOLF. De modo, que se quitó
la careta.

FERN. No; no quiso.

ADOLF. Entónces...

FERN. Se quitó un guante.

ADOLF. Tiene en la mano algun signo?

FERN. La sortija.

ADOLF. Qué sortija?

FERN. No has reparado? Un anillo
que trae todos los días,
con brillantes y zafiros.
No se puede confundir
con otro; es caprichosísimo.

ADOLF. No reparé; pero siendo
así, me doy por vencido.

FERN. Seguro de que era ella...
Calcula... no perdí ripio;
aproveché bien el tiempo.
ADOLF. Y ella?
FERN. Dejó desmentidos
del modo más terminante
tus severos vaticinios.
ADOLF. Fuiste felíz?
FERN. Hasta cierto
punto, porque en el vestíbulo
tropezamos á un sujeto
de génio bastante arisco,
que alegando no sé qué
derecho, mejor que el mío,
se empeñó en que yo soltara
la presa; caso inaudito!
ADOLF. Y qué ocurrió?
FERN. Pues qué había
de suceder? Un conflicto.
Tras la disputa sonaron
dos bofetones muy limpios;
uno mío y otro suyo:
y era forzudo el indino.
Yo ya ví en lontananza
la prevención del distrito;
pero el negocio tomó
más caballeresco giro.
Cambiamos nuestras tarjetas,
designando dos amigos
que hoy, en una conferencia,
fijen armas, hora y sitio.
ADOLF. Un duelo!
FERN. Mi honor lo exige.
Vaya; aún me escuece el carrillo.
Suponiendo que querrías
servirme tú de padrino,
dí cita aquí al del contrario
y vendrá hoy á hablar contigo.
ADOLF. Yo trataré de arreglar...
FERN. Nada de arreglos pacíficos;
es preciso ir al terreno,
y que haya sangre; lo exijo.

ADOLF. Pues mira, ya que te empeñas
en meterme en este lío,
no me eches luego la culpa
si te rompen el bautismo.
(Suena una campanilla.)

FERN. Llaman: éste debe ser
el que manda mi enemigo
para tratar... pues no quiero
que me encuentre; (Se levantan.)
me retiro,
y saldré por este lado. (Indicando la derecha.)
Adios, Adolfo; en tí fío.
Ya sabes que ha de haber sangre.

ADOLF, Bien, hombre, bien; vé tranquilo.
(Sale Fernando por la derecha.)

ESCENA II.

ADOLFO.—AMALIA, que entra por el fondo.

AMAL. Muy buenos días.
(Mira al suelo, como buscando algo.)

ADOLF. (Saludando.)
Señora...
(Aparte.)
Me ha dado un chasco supino.
Quién lo había de pensar?
Y tiene un aire tan tímido!
(Alto.)
Soy al punto con usted.
Voy á buscar los avíos...
Puede miéntras colocarse.
(Durante lo que sigue, se ocupa Adolfo en preparar paleta, pinceles, etc.)

AMAL. (Al acercarse al maniquí.)
Jesús! Muñeco maldito!
Cada día me dá un susto.

ADOLF. No hay miedo; es inofensivo.

AMAL. Lo que es hoy no podré estarme
muy quieta; tengo el espíritu
tan alterado!...

ADOLF. Por qué?
AMAL. Por un disgusto grandísimo.
ADOLF. (Aparte.)
Le remuerde la conciencia;
sabrá lo del desafío...
AMAL. Yo soy así; por la cosa
más sencilla me fatigo.
He perdido una sortija;
y aunque su valor intrínseco
no es gran cosa, hay circunstancias
por las cuales yo la estimo.
ADOLF. (Aparte.)
Vamos; la perdió en el baile.
AMAL. (Buscando.)
No; pues en casa no ha sido;
estoy segura; en su busca
no me ha quedado escondrijo
por registrar; pero en vano.
ADOLF. (Aparte.)
Claro.
AMAL. Y lo más aflictivo
del caso, es que no era mía.
ADOLF. Pues de quién?
AMAL. De mi marido.
ADOLF. Cómo! Pero usté es casada?
AMAL. Sí señor; ya va á hacer cinco
años muy pronto.
ADOLF. (Aparte.) Otra víctima
conducida al sacrificio!
AMAL. Tiene para mí esa joya
recuerdos...
ADOLF. Ya lo concibo.
Sería regalo al novio
en la boda...
AMAL. El pobrecillo
apenas la ha usado; yo
la saqué del cajoncito
en que la guarda, porque...
vergüenza me da decirlo!
quería que figurara
en el retrato; un capricho.
Es sorpresa que preparo

á mi esposo, con motivo
del próximo aniversario
de nuestra unión.

ADOLF. Bien. (Aparte.) Qué idilio!

AMAL. Por eso vengo en secreto:
él no sabe...

ADOLF. Ya imagino.

AMAL. Si viera usted qué trabajos
paso!

ADOLF. Es celoso?

AMAL. Un poquillo.

ADOLF. (Aparte.) Él sí que los pasará.

AMAL. Me pregunta con ahinco
á dónde voy á estas horas.

ADOLF. Duda de usted? (Aparte.) Qué cernícalo!

AMAL. Ahora que me acuerdo, ayer
hallé el estudio vacío
cuando vine, y esperé
á usté en el cuarto contíguo.
Acaso allí perdería
la sortija.

ADOLF. (Aparte.) Empeño nímio!
No se canse usted; fué anoche...

AMAL. Anoche?

ADOLF. En el torbellino...

AMAL. Qué torbellino?

ADOLF. El del baile.

AMAL. No sé acertar logogrifos.

ADOLF. No hablemos más. (Aparte.) A mí, quién
me mete en este litigio?

AMAL. Si usted lo permite, voy
á mirar...

ADOLF. No se lo impido;
por mi parte puede usted
reconocer todo el piso.

AMAL. Quiere usted guiarme?

ADOLF. (Guardando la paleta y los pinceles.) Puede
usted pasar; ya la sigo.

AMAL. Si no la encuentro, no sé
qué voy á hacer. Qué fastidio!
(Sale por la derecha.)

ADOLF. Pues señor, razón tenía

Fernando: es de lo más fino.
(Sale también por la derecha.)

ESCENA III.

DON BERNABÉ.—EL CRIADO, entran por el fondo.

CRIADO. Voy á avisar al señor. (Vuelve á salir.)
BERN. (Con aspecto aturdido.)
Este será su despacho.
(Se dirige al maniquí.)
Beso á usted... (Al verle la cara.)
Qué mamarracho!
(Examina la habitación.)
Ah! Se trata de un pintor!
Cómo buscar un pretexto
que le explique?... Me confundo...
Pero señor! En el mundo
sólo á mí le pasa esto.
Tengo una mujer bonita;
soy celoso; es que la amo;
ella sale... y yo me escamo
por si acude á alguna cita.
Visitas tan de mañana!...
Dirá: qué bien se la pego!
Pero yo no soy borrego,
aunque me visto de lana.
Cuando hoy salió, la seguí;
ví que á esta casa subió;
detrás de ella subí yo...
y por eso estoy aquí.
Ya no hay duda; con mi honra
aquí se juega. Qué horror!
Y su amante es un pintor!
El pintor de mi deshonra!
(Pausa.)
Será hombre de armas tomar,
y yo nunca las tomé.
Qué voy á hacer? No lo sé;
pues si me dejo llevar
de la rábia en que me abraso,

habrá la de San Quintín;
y esto es grave, porque .. en fin,
yo no sirvo para el caso.
Tengo un natural prudente,
pacífico, así he nacido.
Es triste para un marido
esto de no ser valiente.
Quien se casa debe estar
apercibido á la riña;
el miedo guarda la viña,
dice un adagio vulgar;
más yo infundirle no puedo;
debilidad lastimosa!
En la viña de mi esposa
el guarda es quien tiene miedo.
Aunque brame de coraje
debo hacerme el distraido.
Pretextaré que he venido
á comprar algún paisaje.
Justo; mucha diplomacia.
Si me engañan lo sabré;
y entónces... sucumbiré
al peso de mi desgracia.

ESCENA IV.

DON BERNABÉ.—ADOLFO que sale por la derecha.

ADOLF. Caballero... (Saludando.)
BERN. (Idem.) Señor mío...
ADOLF. Puede usted tomar asiento.
BERN. (Aparte sentándose.)
Animo! Llegó el momento.
ADOLF. (Idem.)
Este es el del desafío.
BERN. (Aparte.)
No sé por dónde empezar. (Pausa.)
ADOLF. Usted dirá...
BERN. (Aparte.) Qué atasquera! (Pausa.)
(Alto; limpiándose el sudor.)
Tiene usted mucha escalera.

ADOLF. Seis pisos; para buscar
luz.

BERN. (Aparte.)
Lo que yo necesito.
Mucha luz! Y estoy á oscuras!
(Alto; después de otra pausa.)
Son de usted esas pinturas?
(Adolfo hace un signo afirmativo.)
Muy bonito; muy bonito.

ADOLF. Empecé en edad temprana,
y siempre fué mi manía
el color.

BERN. (Aparte.) Yo te pondría
verde, de muy buena gana.

ADOLF. Qué es lo que me proporciona
esta feliz ocasión?....

BERN. (Aparte.)
Astucia y mala intención.
(Alto.)
Pues señor, me comisiona
cierto amigo... hombre estimable,
para elegir... (Mirando á los cuadros.)

ADOLF. (Sin mirar á don Bernabé.)
Ya lo sé.
(Don Bernabé se muestra sorprendido. Pausa.)
Pues si le parece á usté
será á sable.

BERN. (Confuso.) Cómo!... A sable?

ADOLF. Creo que vale la pena.

BERN. (Aparte.)
Qué dice?

ADOLF. Y en el estado
á que el asunto ha llegado,
no hay más remedio.

BERN. (Aparte.) Esta es buena!

ADOLF. La verdad es que el honor
que usté viene á defender...

BERN. (Aparte.)
Me ha conocido!

ADOLF. A mi ver
no está limpio.

BERN. (Con viveza.) No señor.

(Aparte.)
Lo confiesa. Qué cinismo!

ADOLF. Mi parte á su vez, se siente
maltrecha; por consiguiente
hay que romperse el bautismo.

BERN. (Aparte.)
Y para esto vine aquí!
(Adolfo se levanta y cierra las puertas, aumentando con esto la inquietud de don Bernabé.)

ADOLF. Como media una señora,
no conviene...

BERN. La traidora!...

ADOLF. (Sentándose.)
Bien, eso ni á usted ni á mí
nos importa.

BERN. Que á mí no?
(Aparte.)
Y me lo querrá probar!

ADOLF. Pues no estoy yo en su lugar?
Lo mismo es usted que yo!

BERN. (Aparte.)
Horror de naturaleza!
Quién oyó tal desafuero
jamás?

ADOLF. Inter nos; yo infiero
que ella es una buena pieza.
La cuestión fué escandalosa.

BERN. La cuestión?...

ADOLF. No lo sabía
usted?

BERN. Yo?... Lo presentía...

ADOLF. Pues anoche fué la cosa.

BERN. (Aparte.)
Ay! á mí me va á dar algo.

ADOLF. Yo se lo referiré.

BERN. No; no me lo cuente usté.
(Aparte.)
De aquí con vida no salgo.

ADOLF. Hay dos hombres que á la vez
alegan cierto derecho
á una dama; este es el hecho.

BERN. (Aparte.)

Pero qué desfachatez!

ADOLF. Ella es una y ellos dos;
decida el caso la suerte
de las armas; al más fuerte
como en un juicio de Dios.
El que victoria consiga
que le consagre su fé;
pues, y á quien Dios se la dé
San Pedro se la bendiga
No encuentro otra solución
que á tan pertinaz querella
dé fin; á no ser aquella
del juicio de Salomón.

BERN. (Aparte.)
Eso en mi enojo querría;
dividirla; lo merece.

ADOL. Bien; pues si á usted le parece,
mañana al romper el día,
puede ponerse por obra...

BERN. El duelo? (Aparte.) Tiemblo de oirlo.

ADOLF. Sin saña; con un buen chirlo
hay lo bastante.

BERN. De sobra.

ADOLF. Sablazo limpio, á porfía;
con prohibición, ya se sabe,
de estocada. Más no cabe.

BERN. No; no; fuera gollería
pedir más

ADOLF. Luego un abrazo
de amigos...

BERN. Cuánta finezal
(Aparte.) Qué va á ser de mi cabeza?
Tras... la traición, el sablazo.
Este hombre es un asesino,
ladrón de honra, á mano armada.

ADOLF. Pero usted no dice nada
Qué es lo que opina?

BERN Qué opino?

ADOLF. Diga usted.

BERN. No sé esgrimir
las armas.

ADOLF. Bien... y eso qué?

BERN. Friolera!
ADOLF. Si no es usté
quien se tiene que batir.
BERN. Ah!... yo no?
ADOLF. Pues está claro.
Usted vé, como testigo,
romperse el alma á un amigo,
y en paz. (Aparte.) Padrino más raro!
Si parece que está lelo!
BERN. Vamos; eso ya varía.
Con que no es de cuenta mía
el chirlo?
ADOLF. (Impaciente.)
Hablamos del duelo
de mi amigo y el de usté.
BERN. (Aparte.)
Esta será moda nueva.
Otro la tunda se lleva...
A qué amigo escogeré?
ADOLF. No ha venido usted á ser
padrino de otro? Conteste.
BERN. Padrino?... (Aparte.) Qué embrollo es este?
ADOLF. Y si no, vamos á ver,
explique usted su misión.
Qué objeto le trajo aquí?
BERN. (Aparte.)
Toma! Ahora estamos ahí?
ADOLF. Es dar una explicación
que satisfaga á mi ahijado?
BERN. (Aparte.)
Soy víctima de un hechizo,
ahora me habla de bautizo.
Si á tal punto habrán llegado
las cosas! Yo me mareo.
ADOLF. Y bien...
BERN. No sé lo que hoy
me pasa; pienso que estoy
en bábia.
ADOLF. Sí; ya lo veo.
BERN. De esta con juicio no salgo.
Celos, traición, desafío,
padrino, ahijado... qué lío!

Y mi honor... échale un galgo.
Que lo arrastran por el lodo
es lo que claro se vé.
(Se levanta.)
Infame! Cásese usté
para verse de este modo.

ADOLF. Eh?

BERN. Quién lo hubiera creido?

ADOLF. (Aparte.)
Qué está diciendo?

BERN. Taimada!
quebrantar la fé jurada!

ADOLF. (Aparte, levántandose.)
Caramba, que es el marido!
Le he descubierto el engaño.
(Mirando hácia la puerta de la derecha.)
Y ella allí! Lance terrible!
Vamos á ver si es posible
remediar en algo el daño.
(Alto.)
Usted dió, por lo que veo,
torcida interpretación
á mis palabras.

BERN. (Aparte.)
Bribón!
Otro embrollo? No te creo.

ADOLF. Fué confusión lamentable.
Vamos, venga usted acá,
y oiga en calma.

BERN. (Aparte.)
Al ménos, ya
no amenaza con el sable;
pero aún estoy en un potro.

ADOLF. Todo ha sido necedad
de mi parte. La verdad...
he tomado á usted por otro.

BERN. Por otro?

ADOLF. Sí.

BERN. (Aparte.)
Somos varios,
sin duda.

ADOLF. Me confundí.

BERN. (Aparte.)
Pero, por lo visto, aquí
son estos lances diarios.

CRIADO. (Asomándose á la puerta del fondo.)
Señor.

ADOLF. Quién?

CRIADO. Un caballero.

ADOLF. (Aparte.)
Llega en muy buena ocasión.
(Alto al Criado.)
Que pase á mi habitación.
(Se retira el criado, dejando la puerta abierta.)

BERN. (Aparte.)
Si será mi compañero
de infortunio!

ADOLF. Con permiso
de usted.

BERN. (Aparte.) No sé qué pensar.

ADOLF. Le tengo que abandonar
para un asunto preciso.
(Dándole la mano.)
Si mi error le molestó,
perdóneme; por supuesto,
no hay para qué hablar más de esto;
usted ya lo comprendió,
y á poco que lo examine
la razón tendrá que darme.
Con que... á Dios.
(Insistiendo para que se vaya.)

BERN. (Aparte.)
Y he de marcharme
tan á oscuras como vine?

ADOLF. Váyase usté muy tranquilo,
que su honor nadie ha manchado.

BERN. (Aparte.)
Fingiré...
(Se dirige hacia la puerta de la derecha.)

ADOLF. (Deteniéndole é indicándole el fondo.)
Por este lado.

BERN. Verdad... (Aparte.) He perdido el hilo.

ADOLF. Un amigo y una casa
tiene aquí.

BERN. Gracias le doy. (Sale por el fondo.)
ADOLF. Al fin se fué! (Sale por la derecha.)
BERN. (Entrando de nuevo.)
No me voy
sin saber lo que aquí pasa.
Dónde esconderme pudiera?
(Mirando por la puerta de la izquierda.)
Un cuartito tocador.
Alguien viene. Pues señor,
suceda lo que Dios quiera.
(Entra por la puerta de la izquierda.)

ESCENA V.

ERNESTINA, entra por el fondo.

Se me ha hecho un poco tarde...
Calle! No hay nadie. Me alegro.
Voy á dejar la sortija
donde la encontré; en el suelo.
Pero no; se va á perder
de veras; (Acercándose á la mesa.) aquí la dejo.
Qué lástima! Me sentaba
tan bien! Pero, qué remedio?
No es mía, aunque tiene justa
la medida de mi dedo.
De quién será? Porque Adolfo
no las usa de este peso.
Ay! Si supiera que tiene
el pintor un trapicheo...
tardaba mucho en armarle
un escándalo... pequeño.
En fin, quien quiera que sea
no la habrá echado de menos:
perdida estaba, y por unas
cuantas horas me la he puesto.
Y no se ha portado mal:
vaya, me deja recuerdo.
Si hablase... (Deja la sortija sobre la mesa.)
Pero este hombre,
qué diablos estará haciendo?

Se hartó de esperarme, claro;
y tendrá un humor de perros.
Iré á vestirme entre tanto
para abrazar al muñeco
Ay! Qué oficio! Si no fuera
porque á ese indino le tengo
alguna ley... bah! tardaba
yo mucho en volver al cuerpo
de baile; el teatro es cosa
más propia para mi génio.
Aquí... todo tan tranquilo,
y tan... parece un convento.
Habrá guardado la llave
del tocador? No; está abierto.
(Se dirige al tocador, y al ir á entrar sale don Bernabé.)

ESCENA VI.

ERNESTINA.—DON BERNABÉ.

ERN. Un hombre!... Don Bernabé!
BERN. Ernestina aquí! Qué encuentro!
ERN. Qué hacía usted escondido?
BERN. (Turbado.)
Escondido? No por cierto;
es que equivoqué la puerta
y... (Aparte.) Maldito contratiempo!
Si ahora viniesen... (Alto.) Y tú,
qué buscas aquí?
ERN. Yo vengo...
á retratarme.
BERN. Hola, hola!
ERN. Tiene algo de extraño eso?
BERN. Nada (Aparte.) Fatal coincidencia!
ERN. Usted lo supo, y de nuevo
viene á asediarme con sus
importunos chicoleos,
como allá; cuando ocupaba
la butaca de proscenio ..
BERN. (Aparte.)

Ay Dios!

ERN. Y en toda la noche
me quitaba los gemelos.
Creí que había usted perdido
el rastro...

BERN. Sí; con efecto...

ERN. Y ahora lo ha vuelto á encontrar
otra vez. Miren el viejo!

BERN. (Aparte)
A todo esto, qué hará
mi mujer por allá adentro?
La presencia de esta chica
da al traste con mi proyecto.
(Ernestina se sienta)
Y está despacio. Qué haré?
la espantaré con requiebros.
(Alto y acercándose á ella)
Sigues dedicada al arte?

ERN. Al arte.

BERN. Y siempre con éxito?

ERN. Sólo que ahora es otro baile.

BERN. Sí? Cuál?...

ERN. El del padre quieto.

BERN. Vamos, es baile francés.

ERN. Justo.

BERN. De grupo académico

ERN. Yo bailo al son que me tocan.

BERN. Si yo pudiera aprenderlo!

ERN. Ese son? Es muy difícil.

BERN. Mucho?

ERN. Hay que ser muy maestro
en solfa.

BERN. Pues esta casa
es escuela; aquí la aprendo.

ERN. La música?

BERN. El modo de
poner el grito en el cielo.

ERN. Y quiere usted hablarme
á gritos? Jesús! Qué miedo!
Pero, qué le pasa á usted?

BERN. Que no puedo estarme quieto.
Me preocupa cierto asunto

grave, muy grave.

ERN. Qué es ello?
Algún lío! De seguro
cuestión de faldas. Me quemo?

BERN. El que se quema soy yo.
Tan quemado estoy que echo
chispas.

ERN. (Levantándose.)
Retírese usté,
no vaya á prenderme fuego.

BERN. Así ardiéramos los dos
juntos!

ERN. Buen chisporroteo
se iba á armar! Porque lo que es
usté debe estar bien seco.

BERN. Al contrario; en este instante
te aseguro... que estoy fresco.

ERN. De veras?

BERN. Y si mi ánimo
se encontrase más sereno,
no te escapabas sin un
abrazo; te lo prometo.

ERN. Abrazo!

BERN. Y si te descuidas...

ERN. Límpiese que está de huevo.
Ea, voy al tocador;
me he de alisar los cabellos
para el retrato; conque hasta
otra vista, si nos vemos.

BERN. Ya sabes que te se quiere;
picarona!
(Dándole una palmadita en el hombro.)

FERN. (Que entra por el fondo.)
Bueno! Bueno!
(Ernestina entra en el tocador sin mirar á Fernando.)

ESCENA VII.

DON BERNABÉ.—FERNANDO.

FERN. He venido á interrumpir
el coloquio; lo lamento.
BERN. (Aparte.)
Este quídam, quién será?
FERN. (Aparte.)
Quién será este caballero?
(Alto.)
Según ví, se aprovechaba
el rato.
BERN. Yo?...
FERN. Muy bien hecho.
BERN. Hablaba... sin conocer...
FERN. Bah! No busque usted pretextos.
En la mansión de un artista
joven, alegre y soltero,
todo se permite; aquí
se rinde culto perpétuo
al amor libre.
BERN. Ya sé...
FERN. Sin ambajes, ni rodeos
hipócritas; *sans façons*.
BERN. Sin vergüenza; ya comprendo.
FERN. Usted es íntimo amigo
de Adolfo, por lo que veo.
BERN. De Adolfo? (Aparte.) Será el pintor.
(Alto.)
Mucho; es un conocimiento
antiguo...
FERN. Pues esto basta
para que simpaticemos.
Nada tema usted, que yo
sabré guardar el secreto.
Es corriente, en esta casa
cada cual busca su arreglo
y ancha Castilla. También
tengo yo mi quebradero

de cabeza.

BERN. (Aparte.) Lo que es ese
á mí no me importa un bledo.

FERN. Yo soy así, campechano
y hablador; todo lo cuento.
Y siendo usted en la casa,
vamos... como si dijéramos,
un colega de aventuras...

BERN. (Aparte.)
Dónde me metí?

FERN. El silencio
fuera traidor. Tengo una...
buena!... *de primo cartello.*

BERN. Conquista?

FERN. Ya realizada.

BERN. Vaya! (Aparte.) Pues muy buen provecho.

FERN. La quiere usted conocer?

BERN. Hoy no es posible; me quedo.
Debo esperar...

FERN. Pues aquí;
aquí mismo se la enseño.
Mírela usted.
(Alzando la tela que cubre el retrato.)

BERN. (Aparte.)
Mi mujer!

FERN. Qué tal le parece?

BERN. (Dejándose caer en una silla. Aparte.)
El trueno
gordo!

FERN. Se pone usted malo?
Qué palidez!

BERN. No me siento
muy á gusto.

FERN. Algún vahido.
Qué le duele á usté?

BERN. El cerebro.

FERN. Eso será una jaqueca.

BERN. Sí. (Aparte.) No es floja la que llevo
desde que entré en esta casa.

FERN. Conque... qué opina, respecto
á mi conquista? Le gusta?

BERN. (Aparte.)

Y no le he roto ya un hueso!

FERN. Si usted supiera...

BERN. Aún me queda
qué saber?

FERN. El trance bélico
de anoche.

BERN. (Aparte.) Noche funesta!
Y yo la pasé en un sueño!

FERN. Pero, ahora caigo; quizá
le estoy haciendo mal tercio.

BERN. Mal tercio? (Aparte.) Querrá decir
que somos tres.

FERN. Con mi eterno
charlar le estoy fastidiando,
pues por mí está usted perdiendo
la ocasión... Interrumpí
el coloquio en lo más tierno.
Voy á buscar al pintor,
y á ver cómo le entretengo,
dejando á usted libre el campo.
Con que... no tardo. Hasta luego.
Aquí haremos de usted un
calavera..

BERN. (Aparte) Un esqueleto,
es lo que seré muy pronto.
Ya estoy con un pié en el féretro.

FERN. (Mirando el retrato)
Qué guapa! Verdad! Felíz
el que consigue ser dueño!...
(Sale Fernando por la derecha.)

ESCENA VIII.

DON BERNABE.

Que algún marido infelíz
de su adorada mitad
descubra al cabo un deslíz...
no es caso nuevo, en verdad;
pero que de pronto sepa
que los deslices son dos...

No hay cabeza en que eso quepa;
hombre! Por amor de Dios!
Temí que de algun bergante
me hiciese juguete el diablo;
más resulta que el amante
es... todo aquel con quien hablo.
Ya es mejor que no pregunte,
para que un rival no halle
en el primer transeunte
que me encuentre por la calle.
El uno dice que á sable
me he de batir. Tranee fiero!
El otro está muy amable,
y me llama compañero.
De dislates fué un derroche.
Pero entrambos á porfía
me hablaron de lo de anoche:
lo de anoche! qué sería?
Qué misterio aquí se esconde?
Ya no sé adonde dirija
las pesquisas; no sé adonde...
(Halla la sortija sobre la mesa.)
A ver, á ver... Mi sortïja!
A volverme loco voy.
Nueva prueba ante mi vista!
Ella la trajo. (Poniéndose la sortija.)
Ya estoy
otra vez sobre la pista.
Nada; lo dicho, me espero
á que ella salga, y oculto,
de todo enterarme quiero.
Más... Dónde escurrir el bulto?
Mi escondite está ocupado,
(Recorriendo la habitación.)
y no hay otro por aquí.
Ah! qué idea! Me he salvado.
El traje del maniquí.
Cubre el capuchón la cara
y el manto llega á los piés.
(Se quita el gabán y se vá vistiendo las prendas que tiene puestas el maniquí.)
Ay Bernabé! Quién pensara!...

En buenos trances te ves!
El turbante me acomodo.
Ahora, encima, el albornóz.
Así (Se pone la capucha.)
Tendré de este modo
el aspecto más feroz.
Siento ruido; viene gente.
Valor! Fuera este embeleco.
(Mete el maniquí debajo de la mesa.)
Imitaré el continente
pensativo del muñeco.
(Se coloca en la actitud que tenía el maniquí, de espaldas al cuadro.)

ESCENA IX.

DON BERNABÉ —ADOLFO.—Luego ERNESTINA.

ADOLF. (Saliendo por la derecha.)
Los pasillos, la cocina,
la escalera .. hasta el portal
recorrió buscando el tal
anillo. Y esa Ernestina
sin venir.
(Sale Ernestina del tocador en traje de mora.)
A buena hora!
ERN. Estaba en el tocador.
ADOLF. No hará mucho.
ERN. (Con zalamería.) Hay mal humor?
(Siguen hablando Adolfo y Ernestina á la derecha.)
BERN. (Aparte.)
Calle! Se vistió de mora!
Estamos en Carnaval?
ADOLF. Hablemos claro, Ernestina.
BERN. (Aparte.)
Solo falta la sardina
para bajar al Canal.
ADOLF. Engañarme no pretenda
tu travesura. Sospecho...
ERN. De mí?

ADOLF. Sí tal.
ERN. Muy mal hecho.
Conseguirá que me ofenda.
Probado tengo mi amor.
ADOLF. Sin embargo...
ERN. (Acariciando á Fernando.)
Y soy constante.
(Se dan las manos y se miran tiernamente. Don Bernabé los observa con disimulo.)
BERN. (Aparte.)
Bien. Me apretaré el turbante
para ocultarme mejor.
ADOLF. Lo prometes?
ERN. Lo prometo.
Se fué la nube?
ADOLF. (Besando la mano á Ernestina.)
Te adoro.
BERN. (Aparte.)
Qué fatigas pasa un moro
condenado á estarse quieto!
ADOLF. Bah! No hay tiempo qué perder;
ya es tarde.
ERN. Las dos serán.
BERN. (Aparte.)
Perderlo! Pues bien lo están
aprovechando, á mi ver.
ADOLF. Hoy termino.
ERN. Eso me alegra.
ADOLF. Tú al maniquí.
ERN. (Aparte, amenazando á don Bernabé.)
Buen pelmazo!
ADOLF. Y ya sabes... el abrazo
apretado.
BERN. (Aparte.) Esta es más negra.
ADOLF. Colócate vuelvo presto.
Voy á arreglar los pinceles.
(Sale Adolfo por la derecha.)
ERN. Que haga una ciertos papeles!
(Se coloca junto á don Bernabé y lo abraza.)
BERN. (Aparte.)
Algo se pesca.
ERN. (Retirándose asustada.)

Qué es esto?
Un hombre!

BERN. Me descubrió.

ERN. Don Bernabé! (Riendo.) Linda facha!

BERN. Cállate, por Dios, muchacha.

ERN. Qué intentaba?

BERN. Qué sé yo?...
Caprichos.

ERN. Usté algo malo
urde.

BERN. Vas á delatarme?

ERN. Pues no!...

BERN. Si juras guardarme
el secreto, te regalo
esta sortija. La ves?

ERN. (Aparte.)
La de ayer! (Alto.) Es suya?

BERN. Sí.
Te gusta? Pues para tí. (Se la dá.)

ERN. (Poniéndosela.)
Ya que tiene usté interés...

BERN. La vida en ello me vá.

ERN. Por hacerle este favor...
acepto. Viene el pintor.

BERN. Pues abraza.

ERN. (Colocándose de nuevo y abrazándolo. Aparte.)
Ello dirá.

ESCENA X.

DON BERNABÉ.—ERNESTINA.—ADOLFO, después AMALIA y FERNANDO.

ERN. (A Adolfo.)
Estamos bien?

ADOLF. (Contemplando el grupo.)
Sí por cierto;
cual ningún día lo ví.
Hoy, hasta en el maniquí
hallo vida.

BERN. (Aparte.) No estoy muerto.

ADOLF. Este es el efecto. Bravo!

El jaique á escurrirse empieza.
Mejor será á la cabeza
sujetarle, con un clavo.

BERN. (Aparte.)
Asesino!

ERN. (Arreglando el capuchón.)
Es que del roce...

(Amalia sale por la derecha, y detrás de ella Fernando; ambos van á colocarse á la izquierda, frente á don Bernabé.)

AMAL. (Aparte.)
Ay, Jesús! Qué majadero!

BERN. (Aparte.)
Mi mujer! (Fernando habla con Amalia.)

ERN. (Aparte.) El caballero
del baile! No me conoce.

AMAL. (A Fernando.)
Hará usted que más no venga.

ADOLF. (A Amalia.)
Muy pronto voy á acabar.
(Con malicia.)
Pueden ustedes hablar
con libertad.

BERN. (Aparte.)
Dios me tenga
de su mano!

ERN. (Aparte.)
No me vió
la cara.

AMAL. (A Fernando)
Usted desatina.

FERN. (A Amalia.)
El que bien ama, adivina.
Lo que anoche confesó,
cuando el antifaz cubría
esa carita de cielo,
repítame usted; anhelo
escucharlo todavía.

BERN. (Aparte.)
Y no le rompo el bautismo!

AMAL. (A Fernando.)
Qué he de repetir?

BERN. (Aparte.)
Aleve!
ADOLF. (Con extrañeza.)
Ese muñeco se mueve.
ERN. Debe ser... el magnetismo.
FERN. (A Amalia.)
Quiere usted que de rodillas
lo pida?
AMAL. (A Fernando.)
No insista usté.
ERN. (Aparte á don Bernabé.)
Estése quieto.
BERN. (Aparte á Ernestina.)
Si es que
me estás haciendo cosquillas.
FERN. (A Amalia.)
No comprendo ese desdén,
cuando anoche...
BERN. (Aparte)
Estoy en vilo.
Mas de esta vez cojo el hilo.
ADOLF. (Aparte.)
Fernando se explica bien.
FERN. (A Amalia.)
Con que...
AMAL. (A Fernando.)
Me juzga usted loca?
FERN. No, á fé.
AMAL. Respeto reclamo.
Tengo un esposo, á quien amo.
BERN. (Aparte.)
Bendita sea tu boca.
AMAL. Y jamás haré traición
á la paz del matrimonio.
BERN. (Alto y abandonando su posición.)
Ven á abrazarme. (Yendo hacia ella.)
(Sorpresa general: Amalia huye asustada y don Bernabé queda confuso en el centro de la escena.)
ADOLF.
FERN. } Demonio!
AMAL. Mi marido!
BERN. (Aparte.) Sensación! (Páusa.)

ADOLF. (A Don Bernabé.)
Me quiere usted explicar?
FERN. Vaya que el lance es gracioso!
AMAL. Muy sencillo; está celoso
y me ha querido espíar.
ADOLF. (Riendo.)
Permita usted que me ría.
(Fernando y Ernestina se ríen también.)
BERN. (Aparte.)
Hombre! Risita más necia!
FERN. Ved al moro de Venecia;
Otello... de prenderia.
ERN. Turco... de Carabanchel.
ADOLF. Está usted bien.
FERN. Muy bonito.
BERN. (Quitándose el traje de moro y poniéndose su gaban.)
Ríanse: me importa un pito
sabiendo que ella me es fiel.
(Don Bernabé y Amalia á la izquierda, á la derecha Adolfo y Ernestina: Fernando en el centro.)
AMAL. (A Don Bernabé.)
Y lo pudiste dudar?
BERN. A fé que pasé mal rato.
AMAL. (A Don Bernabé.)
Vengo aquí á hacerme un retrato
que te pienso regalar.
ADOLF. (A Ernestina.)
Qué sortija!
ERN. (Sorprendida: aparte.)
Me pescó.
ADOLF. Con záfiros y diamantes!
Desde cuándo?...
ERN. (Fingiendo indiferencia.)
Mucho antes
de conocernos...
ADOLF. (Con ironía.) Pues yo
nunca la ví; fué casual...
ERN. La uso poco; es cosa rara...
Sólo me la pongo...
ADOLF. (Con intención.) Para
los bailes de Carnaval?

ERN. (Aparte.)
Lo sabe. Si aún se pudiera
arreglar... (Alto.) Pues lo diré.
Me la dió don Bernabé
porque no le descubriera.

AMAL. (Acercándose.)
La sortija!

BERN. (Aparte.) Ay, Dios! Preveo
otro embrollo (Aparte á Ernestina pasando á un lado.)
No la enredes.

ERN. (Alto.) Yo?

AMAL. Se conocen ustedes?

BERN. De vista...

ERN. Pues ya lo creo;
bien la ha gastado conmigo;
y saliva...

BERN. (Tirando á Ernestina de la falda. Aparte.)
Qué tormento!

ERN. (A don Bernabé.)
Vamos... Diga usted que miento.

BERN. Hombre!...

ERN. (Indicando á Fernando.)
El señor es testigo.

FERN. (Aparte.)
Echaremos leña al fuego.
(Alto.)
Dice la verdad. (Aparte.) A rio
revuelto...

AMAL. (Pellizcando á don Bernabé.)
Traidor! Impío!

BERN. Ay!

AMAL. Ven á acusarme luégo.

BERN. Amalia...

AMAL. Cállese ahora.
Y yo esa joya buscaba,
en tanto que usted pagaba
con ella...

ERN. Oiga usted, señora!

BERN. (Interponiéndose.)
Ernestina!

ERN. A mí con esa?

BERN. Calla. (A Ernestina.)
ERN. Por quién me tomó? (A Amalia.)
Se piensa usted que soy yo
plato de segunda mesa?
AMAL. (Aparte á su marido.)
Aquí debo ser prudente;
luego en casa...
BERN. (Aparte.) Dios me asista!
FERN. (Aparte.)
Pero... cuál es mi conquista?
(Observando á las dos alternativamente.)
La mora, probablemente.
ADOLF. (Aparte á Ernestina.)
Mi cuadro está concluido
y no necesito ya
de modelo.
ERN. (Con despecho.)
Bien está.
Voy á cambiar el vestido.
(Con ironía, mirando el cuadro.)
Que guste en la Exposición.
ADOLF. Mil gracias.
FERN. (Aparte observando á Ernestina.)
Su mismo talle.
ERN. (A Adolfo.)
Adios! (Entra en el tocador.)
FERN. (Aparte.)
La espero en la calle.
Me ha costado un bofetón!
(Sale Fernando por el fondo.)

ESCENA XI.

AMALIA.—DON BERNABÉ.—ADOLFO.

ADOLF. (Aparte.) La matrimonial ventura
renazca (Alto, á Amalia.) Usted ha creido
á esa chica? Todo ha sido
obra de su travesura.
Aquí recogió el anillo,
y por disculpar su acción

le colgó la donación
al señor. Es un diablillo!

AMAL. Qué escucho? Pues fué un bromazo.
Y la joya... (Mirando al tocador.)

ADOLF. (A don Bernabé.) Por el susto,
le compra usted otra.

AMAL. (Muy contenta.) Justo.

BERN. (Aparte.) Ya me dieron el sablazo.

ADOLF. Al retrato. (Disponiéndose á pintar en él.)

BERN. Bien la paz
me ha turbado! Aun me preocupo.
(Con viveza.)
No más retrato; haga un grupo.
Los dos...

AMAL. Pero... sin disfraz.

BERN. Bien.

ADOLF. De complacerle trato,
puesto que ese empeño tiene.

BERN. Una esposa, no conviene
que ande sola, ni en retrato.
Borre... no quede memoria...

ADOLF. No; lo añado á usted aquí.
(Señalando en el cuadro.)

BERN. Pués, juntitos.
(Se coloca, abrazando á su muger.)

ADOLF. (Coge los pinceles y la paleta.)
Este sí
que será un cuadro... de historia.
Ha de ir á la exposición
y quizá será premiado.

BERN. Falta...

AMAL. Qué?

BERN. (Al público.) Que este Jurado
le otorgue su aprobación.

CAE EL TELON.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo; de *D. Antonio de San Martin*, Puerta del Sol; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá; de *D. Manuel Rosado*, y de los *Sres. Córdoba y C.ª*, Puerta del Sol; de *D. Saturnino Calleja*, calle de la Paz, y de los *señores Simon y C.ª*, calle de las Infantas.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

EXTRANJERO.

FRANCIA: Librería española de *E. Denné*, 15, rue Monsigni, PARÍS. PORTUGAL: *D. Juan M. Valle*, Praça de D. Pedro, LISBOA y *D. Joaquin Duarte de Mattos Junior*, rua do Bomjardin, PORTO. ITALIA: *Cav. G. Lamperti*, Via Ugo Fóscolo, 5, MILAN.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.